

R E S E Ñ A

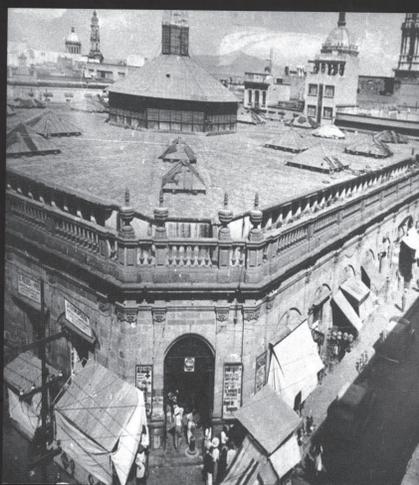
El Mercado Corona y el abasto en la ciudad de Guadalajara. Una historia del comercio, de las prácticas sociales y de la identidad local

LAURA RUEDA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA/SECRETARÍA DE CULTURA DEL GOBIERNO DE JALISCO,
GUADALAJARA, 2005

Este libro tuvo su origen en la tesis de licenciatura que presentó la historiadora Laura Rueda en 1995. Pero el texto original de la tesis ha sido revisado, modificado y complementado no sólo con nuevos documentos, sino también con la experiencia adquirida y con el trabajo que la autora dedicó a la realización de esta obra. El tiempo que la autora destinó a esta investigación supera los seis años; invirtió dos años y medio en la elaboración de la tesis, más cuatro años de investigación posterior. En la tesis y en algunos artículos que anteceden a esta publicación la autora se ocupó del tema del abasto y el comercio de la ciudad de Guadalajara. En “Tasación y abasto alimenticio en la Guadalajara del siglo xvii”, de 1995, Rueda mostró la función reguladora del Ayuntamiento sobre el abasto de la ciudad; posteriormente, en *Los tianguis en Guadalajara durante la Colonia*, de 1997, describió cómo las comunidades indígenas proveyeron a los habitantes de Guadalajara de una amplia variedad de leguminosas, frutas y chiles. Encontró que estos productos estuvieron siempre presentes en las plazas y tianguis de la ciudad desde su fundación. Este comercio, manejado

Laura Rueda



El Mercado Corona

y el abasto en la ciudad de Guadalajara

Voz de la Tierra

por los indios de los pueblos vecinos, poco documentado por los estudiosos del tema, convivía con el que realizaban los grandes y pequeños comerciantes españoles, criollos y mestizos.

Después de dedicarse al estudio del abasto y el comercio de un espacio circunscrito al ámbito urbano en un periodo muy largo, desde el siglo xvi hasta nuestros días, Laura Rueda se interesó

en el tema de la producción y el comercio indígena en un territorio mucho más amplio que el de la propia ciudad. En la investigación que realizó para su tesis de maestría consideró la totalidad del espacio novogalaico durante los siglos xvi y xvii, y en la actualidad estudia el hinterland indígena de Guadalajara entre 1786 y 1812. Muchos años de estudio y dedicación están detrás de estos cambios de rumbo que exploran un mismo tema: el de la producción, circulación y venta de ciertos productos en diversos espacios y tiempos. Nuevos hallazgos documentales y un espíritu de investigadora insaciable, acompañados por las herramientas conceptuales y metodológicas adecuadas, llevan a la autora a explorar no sólo los largos caminos transitables de la historia sino también los pequeños recovecos que encuentra a su paso.

Después de más de una década de investigación y de una serie de escritos y artículos parecía anunciarse ya este nuevo libro, que contiene sólo una parte de los resultados de años de estudio, la parte que corresponde al abasto de la ciudad de Guadalajara y al papel tan importante que cumplió en ese sentido el Mercado Corona.

Así llegamos, pues, a *El Mercado Corona y el abasto en la ciudad de Guadalajara. Una historia del comercio, de las prácticas sociales y de la identidad local*. Es importante resaltar que éste es el título completo del libro y que así, completo, da cuenta de su contenido. En cambio, el título abreviado de la portada —que seguramente obedece a criterios estéticos impuestos por los diseñadores— se refiere sólo a una pequeña parte de la obra, a dos de los cinco capítulos que la constituyen. Acerca de la edición de esta obra, también quiero señalar que se echa de menos el trabajo de un buen corrector; las computadoras y las modernas técnicas de impresión todavía no sustituyen el ojo avizor de un buen equipo de edición. A pesar de los problemas antes señalados, los lectores disfrutarán de una historia de larga duración que inicia con el surgimiento de la ciudad y su sistema de abasto, temas que se abordan en el primer capítulo; continúa, en los capítulos 2 y 3, con los diversos usos y destinos que se le dieron al espacio físico que en la actualidad ocupa el Mercado Corona antes de que iniciaran los trabajos de construcción del primer inmueble que lo albergó en 1891; y cierra con dos capítulos dedicados al propio mercado: el cuarto, que abarca el periodo comprendido entre 1888 y 1960, y el quinto, que considera el periodo comprendido entre 1960 y 1966, que incluye la etapa de construcción del actual mercado.

Cada capítulo se construyó a partir de un corpus documental específico que, en cierta manera, lo delimita y determina. Así, el primer capítulo se basa fundamentalmente en textos de crónicas y de historiadores contemporáneos. Los capítulos dos y tres, en cambio, fueron realizados en mayor medida a partir de documentos manuscritos e impresos localizados en los archivos y bibliotecas públicas de la ciudad, en el Archivo General de la Nación y en la fototeca del periódico *El Informador*.

Con el fin de despertar el interés por la lectura de este libro, voy a detenerme en el capítulo 3 y en algunos textos que se incluyen en él. Rueda no sólo utilizó documentos oficiales, como las actas de cabildo del Ayuntamiento, los reglamentos de policía y buen gobierno y los de las plazas y mercados, sino que también tuvo la suerte de encontrar algunos escritos de inestimable valor, como la queja del vendedor de pulque, Antonio Maximiliano de la Cruz, indio del pueblo de Cajititlán, a quien la autoridad había removido de su lugar el 21 de enero de 1831. Antonio Maximiliano suplicó al comisionado de la plaza que lo restituyera en su lugar de tal manera “que sin estorbar en la banquetta ni perjudicar el tránsito de la calle, se me reduzca un punto limitado, para que de este modo se surta el público cómodamente” (p. 89). También incluye dos escritos, de ese mismo año, de vendedores del mercado que nos permiten imaginar las molestias que pasaban al tener que retirar cada noche todas las vendimias de sus respectivos puestos. La carta de una mujer que frecuentaba ese espacio y para quien los personajes del mercado eran muy familiares, permite percatarse de que el mercado era un lugar de encuentro y de comunicación. A lo largo de este escrito podemos apreciar que el mercado, además de servir para el intercambio de bienes y productos, funcionaba también como oficina de correos. En los puestos podían recibir objetos, como el rebozo, la servilleta y el chiquigüite que la autora de la carta pide a su madre que le envíe y deje con “señor Francisco”, el camotero, y también podían recibir noticias o razones con otros vendedores de la plaza, como es el caso de “señora Micaela”, a quien la misma autora de la carta señala para tal propósito. Las vendedoras de comida Estefana Marqués, María Castillón, Dolores Castillo y otras más, alzaron la voz el 13 de junio de 1832 porque se les impedía el uso de lumbre den-

tro del mercado. El impedimento, que pretendía evitar futuros incendios, perjudicaba, según las quejas, no sólo a las vendedoras y a sus familias, por las pocas ventas que hacían, sino al público consumidor; solicitaban por tanto que se les permitiera el uso de fuego porque así lograrían “remediar las enfermedades que generalmente producen los alimentos fríos”.

Las cartas antes citadas y algunos artículos localizados en las publicaciones periódicas de la época le dan a esta obra, en particular al capítulo 3, que es el que incluye los testimonios aquí descritos, un aire original y vivaz que permite a la autora adentrarse en la vida diaria del mercado, e incluso en la vida privada de los usuarios del mercado. Las sucesivas guerras e invasiones extranjeras que asolaron al país durante el siglo XIX también dejaron huella entre los comerciantes de la Plaza de la Independencia; los perjuicios ocasionados por esos movimientos se reflejan en las cartas de los vendedores y en la prensa. Esta última contiene además valiosa información sobre los proyectos de nuevos usos de la plaza que a lo largo del siglo XIX se sucedieron sin que ninguno de ellos pudiera realizarse. La lectura de este libro nos permite adentrarnos en la vida política y económica de la ciudad; saltan a la vista, por ejemplo, la sujeción del Ayuntamiento al gobierno departamental, la falta de recursos para la realización de las obras públicas municipales y la supeditación de la obra urgente y necesaria del mercado a la sin duda importante construcción de un teatro formal y de sólida construcción para la ciudad (se trata del Teatro Degollado). La opinión pública sobre las obras, sobre los resultados poco honestos de los concursos de los proyectos, así como los chismes, los pleitos y los asesinatos que ocurrían en el mercado también ocupan un lugar importante en la prensa de la época.

Hasta el capítulo 3 las fuentes y

los métodos utilizados por la autora son de orden cualitativo. En el capítulo 4 hacen su aparición los documentos de índole cuantitativa y económica; la revisión de este material permite no sólo observar la cantidad en pesos y la importancia económica de las transacciones que se realizaban en el Mercado Corona durante el Porfiriato, sino también ampliar el panorama del abasto al resto de la ciudad. A partir del análisis de las cuentas de la Plaza de la Independencia (localizada en el mismo sitio que ocupa hoy día el Mercado Corona) para el año de 1883, el libro de gastos hechos para la construcción del mercado de 1888 a 1891, los libros anuales de recaudación de plazas de 1890 y 1891, y los de ingresos de garitas, mercados y rastro de 1899, 1901 y 1903, se observa el papel predominante que tenía

el Mercado Corona respecto a los otros centros de abasto de la ciudad: los mercados Alcalde y Libertad, los portales y las principales calles donde se localizaban los comerciantes y vendedores ambulantes, el llamado “portal quemado”, y el mercado de San Diego, que aparece por primera vez en las cuentas de 1903. Las quejas, las cartas y los artículos de periódicos vuelven a aparecer y así nos damos cuenta de los continuos problemas del mercado y sus alrededores: incendios, falta de presupuesto y de mantenimiento, así como abundancia de basura e inseguridad. Parece que las cosas no han cambiado mucho desde entonces.

El quinto y último capítulo cuenta la historia de la construcción del edificio que todos conocemos y la del traslado de las bodegas del centro de la

ciudad al Mercado de Abastos, cuestión que marcó el fin de una época del Mercado Corona. Con este capítulo cierra esta historia del comercio, de las prácticas sociales, de la identidad local y del abasto en la ciudad de Guadalajara que seguramente se convertirá, como dice Patricia Arias en el prólogo a esta edición, en una referencia obligada para todos los estudiosos de la ciudad de Guadalajara y su región.

*María de la Luz Ayala**

* Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Regionales-Ineser, Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas, Universidad de Guadalajara.